

José Luis

CORRAL LAFUENTE

Universidad de Zaragoza

● ● ● ● JOSÉ LUIS GONZÁLEZ URIOL,
EL MAESTRO ORGANISTA QUE ILUSIONÓ
A UNA CIUDAD





Era verano de 1979. Las primeras elecciones municipales democráticas desde la II República se habían celebrado el 3 de abril de ese mismo año, y los ayuntamientos españoles habían cambiado por completo. El partido más votado había sido la UCD (Unión de Centro Democrático), pero los votos sumados de los partidos de izquierda eran muchos más que los del centro y la derecha, de manera que la mayoría de las principales alcaldías fueron a parar a manos de candidatos del PSOE y del PCE, que se prestaron respectivamente los votos apoyando al candidato más votado de los dos.

En la ciudad de Daroca se produjo un hecho inédito, que levantó en su momento no pocas controversias. De los 11 concejales que correspondían a este Ayuntamiento, 5 fueron a parar a manos del Partido Aragonés, 4 a la UCD y 2 al PSOE. Los dos ediles socialistas, en contra de la opinión de los dirigentes regionales de ese partido, decidieron entregar sus votos al candidato de la UCD, de manera que José Antonio García Llop fue elegido alcalde.

Para entonces José Luis González Uriol y Pedro Calahorra ya habían pergeñado un proyecto extraordinario: la organización de un curso y un festival internacional de Música Antigua en Daroca. Al presentar el proyecto a la Institución «Fernando el Católico» (IFC) de la Diputación Provincial de Zaragoza, González Uriol y Calahorra alegaban que aquel año se cumplía el tercer centenario de la muerte de Pablo Bruna, «el ciego de Daroca», y que semejante efeméride bien merecía la organización de un gran acontecimiento cultural con voluntad de permanencia y de periodicidad anual.

Pocos sabían entonces quién había sido tan ilustre vecino darocense tres siglos atrás. Como José Luis González Uriol en los siglos XX y XXI, Pablo Bruna fue uno de los más destacados organistas del siglo XVII.

Nacido en Daroca, Bruna era el segundogénito del matrimonio formado por Blas Bruna y María Tardez. Debido a una prematura enfermedad, el niño Pablo Bruna se había quedado ciego a los cinco años, pese a lo cual realizó estudios de música en su ciudad natal, donde había desde la Edad Media una extraordinaria tradición de músicos y de instrumentos musicales. Sus siete iglesias parroquiales, sus cinco conventos y su estudio de Artes propiciaban un ambiente cultural muy destacado, sobre todo en el campo de la música. Cada una de las siete parroquias estaba dotada de un órgano y la principal de ellas, Santa María de los Corporales, incluso disponía de una capilla musical que entre 1669 y 1667 dirigió el propio Bruna. En la capilla de música de la Colegial el puesto más importante y destacado era el de organista, cuyo titular tenía la dicha de tañer uno de los órganos más famosos y de mayor calidad de sonido de España.



José Luis González Uriol y un grupo de alumnos, ante la placa dedicada a Pablo Bruna, en el coro de la iglesia colegial de Santa María (Daroca) el 18 de septiembre de 1993. (Fotografía González Uriol)

Desde 1631 hasta su muerte en 1679, Pablo Bruna fue el organista titular de Santa María de los Corporales de Daroca, la iglesia colegiata donde se custodiaba desde el siglo XIII el paño con la seis hostias ensangrentadas procedentes de un reconocido milagro por la Iglesia católica que se habría producido en 1237, durante la conquista de Valencia y su reino musulmán por el rey Jaime I de Aragón.

Gracias a su habilidad extraordinaria y a su virtuosismo, Pablo Bruna se fue labrando fama de músico extraordinario, y pronto se difundió la noticia de que era uno de los mejores organistas de los reinos de su majestad católica Felipe IV. El propio rey hasta su muerte en 1665 y luego su hijo Carlos II visitaron Daroca en algunas ocasiones, y se detenían algunos días en la ciudad tan solo para escuchar tañer el órgano al organista ciego de Daroca, al que algunos lo llamaron «río caudaloso de música, insondable por su profundidad».

El organista de la Colegial se labró tal prestigio que tanto la Capilla de Música del templo del Pilar de Zaragoza como la de la catedral de Albarracín reclamaron sus servicios, pero Bruna se negó a abandonar su ciudad natal, donde siguió tocando el órgano hasta su muerte.

No pocos lo consideraron el mejor organista de España, y fueron muchos los peregrinos que visitaban Daroca por su milagro de los Corporales y a la vez disfrutaban con la música de Pablo Bruna. También acudieron a la ciudad de Daroca otros músicos dispuestos a aprender su técnica interpretativa, así como los organistas de las demás iglesias darocenses, que lo consideraban el gran maestro de órgano de su tiempo. Con él aprendieron grandes organistas como Francisco Jaraba Bruna, Diego Jaraba Bruna, Pablo Nasarre o Carlos Moliner, entre otros muchos.

Pablo Bruna no se limitó a interpretar las partituras de otros; fue también un notable compositor de tientos, variaciones y villancicos que se interpretaron en los más importantes órganos de España y Portugal.

La IFC asumió la organización y mecenazgo del Curso y Festival Internacional de Música Antigua, y el Ayuntamiento dispuso las infraestructuras necesarias para desarrollar esta actividad.

En el verano de 1979 se celebró la primera edición. La iglesia de San Miguel, que por entonces la mayoría de los darocenses llamaban «San Valero», y la colegial de Santa María, con su magnífico órgano del año 1607, acogieron los primeros conciertos. Ya fueron muchos los darocenses que se acercaron a escuchar a los intérpretes de talla internacional, pero no se llegaron a llenar esas dos iglesias, como sí ocurriría a partir de las siguientes ediciones del festival.

Fue aquel verano cuando conocí a José Luis González Uriol y a Pedro Calahorra. Para las gentes de Daroca, cuya riquísima tradición musical había decaído mucho tras la Guerra Civil, aquellos dos señores eran «los de la música». La música de los conciertos que se organizaban en Daroca no era precisamente una música «fácil», «popular» y del gusto de todos. Las partituras que se interpretaban en el festival de Daroca correspondían a composiciones de los siglos XVI y XVII fundamentalmente, y muchas de ellas eran casi desconocidas incluso para el público más interesado en la música de esa época.

A la vez que el festival, los músicos que ofrecían los conciertos impartían clases en el curso, al cual comenzaron a acudir alumnos de varios países del mundo, hasta completar alumnado de los cinco continentes.

Cuatro años después de aquella primera edición fui elegido concejal del Ayuntamiento de Daroca y me hice cargo de la Delegación de Cultura. Enseguida me puse en contacto con González Uriol, a fin de potenciar lo máximo posible el curso y el festival. Era el mes de junio de 1983 y la quinta edición ya estaba programada, pero recuerdo que hubo tiempo para introducir en el programa toda una serie de actividades culturales paralelas, como conferencias, un desfile informal de los alumnos tocando instrumentos por las calles de Daroca (que ya se ha hecho tradicional y que suele ser el acto final de cada año), una exposición y un concierto en localidades de la región.

En los años siguientes el curso y el festival fueron creciendo de manera extraordinaria, y ello pese a contar con la indiferencia del gobierno autonómico de Aragón, que en la legislatura 1987-1991 suprimió cualquier colaboración con la organización de la que ya se había convertido en la cita musical anual más importante de Aragón y una de las más prestigiosas de España.

Las dos iglesias sede de los conciertos se quedaron pequeñas, los alumnos llegaron a dos centenares, superando incluso la capacidad hotelera de Daroca. El propio José Luis González Uriol tuvo que dormir en un par de ediciones en mi casa, mientras Pedro Calahorra lo hacía en la casa parroquial, a fin de dejar la mayor cantidad de camas de hotel libres ante la demanda de plazas hoteleras.

Año tras año jóvenes franceses, suizos, alemanes, australianos, chinos, japoneses y así hasta de cuarenta países han acudido a Daroca para profundizar durante diez días en el estudio de la Música Antigua.

Durante esos días, las calles de Daroca, sus iglesias y los edificios donde se imparten las clases se llenan de música. Desde los balcones de mi casa en Daroca, entre las once de la noche y las dos de la mañana, suelo escuchar las notas de un oboe, una flauta travesera, una viola de gamba, un violín barroco o un sacabuche, que tocan una melodía de Scarlatti, Monteverdi, Vivaldi, Frescobaldi, Cabezón, Aguilera de Heredia o el propio Pablo Bruna.

Si en el comienzo los darocenses contemplaron a aquellos músicos y alumnos de todo el mundo como una extrañeza en su tranquilo verano, muy pronto asumieron su presencia como algo propio, cercano, casi familiar. En las tiendas, en la pastelería, en los bares y restaurantes, todos los habitantes de Daroca se volcaron en atender y propiciar que los alumnos y profesores asistentes al curso se encontraran como en sus propias casas. «Ya llegan los de la música», se escuchaba por todas partes el primer día de agosto de cada año. González Uriol había logrado implicar a toda la ciudad en su sueño.

Y así sigue ese sueño, cuarenta años después, ilusionando a los darocenses, que año tras año abarrotan las iglesias de San Miguel y de Santa María para escuchar las melodías que entre los siglos XV y XVIII sonaron en catedrales, templos y palacios de toda Europa, y que durante los primeros días de agosto de cada año siguen sonando en las calles de Daroca.

José Luis González Uriol ha hecho posible que aquel «río caudaloso de música» de Pablo Bruna inunde de nuevo y año tras año a la ciudad que vio nacer a uno de los más famosos organistas, al «ciego de Daroca».